

Valverde y su querida San José de los mil defectos

César Valverde —quien, en su libro *Más en broma que en serio* (Editorial Costa Rica, San José, 1978), dedica los distintos artículos a cuanto tema haya despertado su interés— no pudo dejar de escribir —y muchísimo— sobre la capital costarricense, de la que nos presenta una imagen que, a mi juicio, lleva al lector a reparar exactamente en lo que tipifica a esta ciudad y que cualquier extranjero observa, también.



Myriam Bustos

Lo que llama la atención de César Valverde es lo mismo que despierta comentarios comparativos entre los extraños que llegan a San José y que luego sirve de tema a las conversaciones y a sus cartas descriptivas.

Comprobémoslo.

Para Valverde, San José es una ciudad abigarrada y muy incómoda para el que la recorre a pie, por causa de las irregularidades del pavimento y de las aceras: "Voy diariamente dando tumbos entre huecos o cráteres, "capeando" figuras fantasmales de vestido blanco de una fábrica de alimentos, muchachas de colegio, niños de escuela, gigantes autos autobuses, audaces motociclistas y conductores de vehículos imitadores de Meteor" (Vialidad Criolla).

San José es una ciudad en que hay "situaciones insoportables, proyectos para la era futura y otros que, siendo viables, son también viables si se utiliza un poco de dinero, algo de imaginación y mucho de buena voluntad". Entre éstos, uno de suma importancia es el que se refiere al cierre de Avenida Central a los vehículos, para ser destinada, como se hace con éxito en el centro de las grandes ciudades, al uso exclusivo de los peatones (Vialidad Criolla): "Sería maravilloso poder contar con un lugar de esparcimiento en el centro de la ciudad en donde transitar tranquilamente, sin ruidos, sin humo y sin el temor de ser aplastados en cualquier momento por algún vehículo conducido por uno de los locos del volante que actualmente utilizan la Avenida Central cual pista de carreras".

San José es una "extraña ciudad donde se celebra en forma continua o permanente un solemne congreso eucarístico, ya que todas sus calles se encuentran endomingadas, con los bordes de las aceras primorosamente pintadas de amarillo": esto es lo que Valverde cree que pueden pensar los forasteros. Y se pregunta (Amarillo) hasta dónde la medida de colorear así las cunetas pueda ser "necesaria" estética o efectiva" (sic, don Cristián: "eficaz" debiste decir, amigo en guerra con el español), ya que, si se pretende con ella mostrar que allí es prohibido estacionar vehículos, muchos instalados durante horas comprueban que la medida no sirve.

San José es una ciudad cada día más cosmopolita y pin-

toresca, salpicada, últimamente, por unos extraños personajes que antes se desconocían: "tenemos ahora, amén de unas señoras vestidas de blanco que exigen contribuciones, las miniprostitutas y los ciegos provistos de bocina; un trencito amarillo recorriendo las calles y una especie de bonzos de cabeza rapada y túnica color azafrán, provenientes no de Asia sino del norte" (Amarillo). Desde luego, el autor se refiere aquí a dos realidades que existían cuando escribió el artículo (lamentablemente, sin fecha de composición, como casi todos los que constituyen la obra): los miembros de esa secta religiosa que ignora cuál es y que tampoco sé por qué ya no pululan por las calles, y el "tren tico", que ahora, para dar la ilusión de ser absolutamente nacional, ha cambiado su austero maquillaje por el característico y pintoresco de la carreta tica. Con toda seguridad, eso habrá significado, también, un alza de la tarifa que pagan los turistas usuarios que recorren la ciudad sobre un vehículo más folclórico (Excusa, César, que agregue "colores" propios a los tuyos).

San José no sólo no es —como algunos costarricenses y extranjeros afirman— una ciudad monótona, donde nada se destaca y todas las casas son iguales: San José es todo lo contrario, es decir, una ciudad en la que se encuentra, si bien se mira, la más increíble variedad de casas: "En los barrios residenciales hay casas con garaje y garajes con casa; mansiones de cristal, chalets suizos; casas coloniales o "sureñas" que harían palidecer de envidia a Scarlett O'Hara; "mamotretos" de cemento a veces con el nombre de apartamentos; casitas como la de Hansel y Gretel; casonas de adobe; palacios morunos, torres como las de San Gimignano y viviendas chinas, japonesas o de tipo victoriano. Algunos barrios del sur tienen tugurios que se asemejan a Hong Kong; otros parecen el escenario de una película de vaqueros, y en dos palacios de una autoridad eclesiástica podrían filmarse respectivamente Cuentos de la Alhambra e Ivanhoe (¿Es San José pintoresco?)

San José es una ciudad en que los antiguos edificios, los cuidados parques y las bellas obras monumentales del glorioso pasado están desapareciendo, para dejar sitio a reemplazantes de mucho menos valor estético, a veces del peor gusto y, en muchos casos, minúsculos: "Nosotros dejaremos en herencia a nuestros nietos numerosos "parqueos", mamotretos de cemento y una serie de ridículos monumentos: placas o plaquitas, amén de bustos colocados en zancos extraños y absurdos pedestales" (Cosas veredes, Sancho). En San José, el buen gusto y el sentido de monumentalidad de los antepasados ha sufrido un apreciable deterioro: "Las grandes obras de antaño son sustituidas por bustos, manos y antorchas liliputienses o por ridículas placas o plaquitas que brotan por todas partes, con el nombre de alguna persona que se ha destacado como estadista, buzo, expresidente, maestro, regidor, tiple, pintor o maromero" (Placas y plaquitas). Observe, el lector, cómo Valverde repite, en distintos artículos, aquello de los "mamotretos" de cemento y también lo de "placas y plaquitas". Si lo hace, no es precisamente por pobreza de léxico, sino por insistir en lo negativas que son, para él, estas realidades que chocan con su sensibilidad estética.

San José, sobre todo en el centro, es "un torbellino de

vehículos, humo y ruidos infernales" (Tagore). ¡Qué escribirías hoy, hombre, si estuviera funcionando cerca de tu oficina o de tu casa —como me ocurre a mí en estos momentos—, alguno de esos "chunches" que generan electricidad!

San José es una ciudad cuya regulación del tránsito fue hecha pensando nada más que en conductores y olvidando por completo a los peatones: "Esa es la razón por la cual casi todos los semáforos funcionan sólo para los vehículos y no existen, como en otros países, semáforos con indicaciones para el paso de los transeúntes. Aquí los desdichados caminantes arriesgan sus vidas tratando de cruzar las calles (y eso, Valverde, que no vives cerca de las temibles cinco esquinas de la Betania de Sabanilla), en tanto los conductores les profieren exclamaciones como "descobijese", "apúrese, roco" o "póngase las pilas", y los niños de escuela aprenden desde pequeños a luchar por la supervivencia en el mare magnum de automóviles, autobuses y motocicletas" (Por fin algo por el peatón).

San José es, por último, viva muestra de la que, para Valverde, constituye la médula de la idiosincrasia del tico: la ciudad del quita y pone. Como el costarricense se caracteriza por su carencia de espíritu de planificación, los problemas los resuelve poniendo y quitando, según el caso, en el momento en que se produce el problema o aparece la tiranía. Así, entonces, un día se cierra la Avenida Central al paso de vehículos y se ponen "unos espantosos tubos de concreto" pintados de colores y sobre ellos se plantan unos arbolitos (Se te olvidó decir, César, que a veces tales "arbolitos" eran matas de elotes). Luego, ante el asombro de todos —no tanto, Valverde, no exageres, que la gente ha aprendido a no sorprenderse por nada—, se quita todo ello y se vuelve al estado anterior. Algunas instituciones abren zanjas de improviso y sin motivo aparente; más tarde las recubren con piedra, cemento o asfalto; pero luego otras instituciones hienden nuevas zanjas en el mismo sitio y meses después se reitera la operación de relleno "(Nuestro quita y pone).

A mi juicio (y que me excusen los josefinos fanáticos), la descripción de San José que nos salpica Valverde diseminada en distintos artículos es certera; corresponde, por otra parte, a un pintor, a un hombre que repara especialmente en lo que ve y, de ello, en sus colores, en su relieve y desde una perspectiva determinada. Lo interesante es que Valverde no sólo pinta, sino que explica e interpreta. Así, en consecuencia, el estado actual de San José no es más que el resultado de una manera de ser: la de los josefinos. Y la visión del que describe la ciudad es la suya propia, es decir, la de un hombre observador, cáustico, irónico, hiperbólico, humorista fino que dice lo que leemos como queriendo expresar, también: —Yo de esto no tengo la culpa. Sólo me limito a presentarlo. Ahí está. Si no les gusta, no están obligados a creerme.

Buena técnica, Valverde (excusa que te trate como a un hombre de la calle y no te diga Señor Viceministro: es que ya estoy más democrática que los mismos costarricenses, puesto que me hallo en la miel). No cualquiera la maneja como tú ni sabe sacarle el partido que le extraes. Lo lamento, pero estoy de acuerdo contigo. Claro que, de esto, tampoco eres culpable. Inocente Valverde: estás absuelto, por dicha.